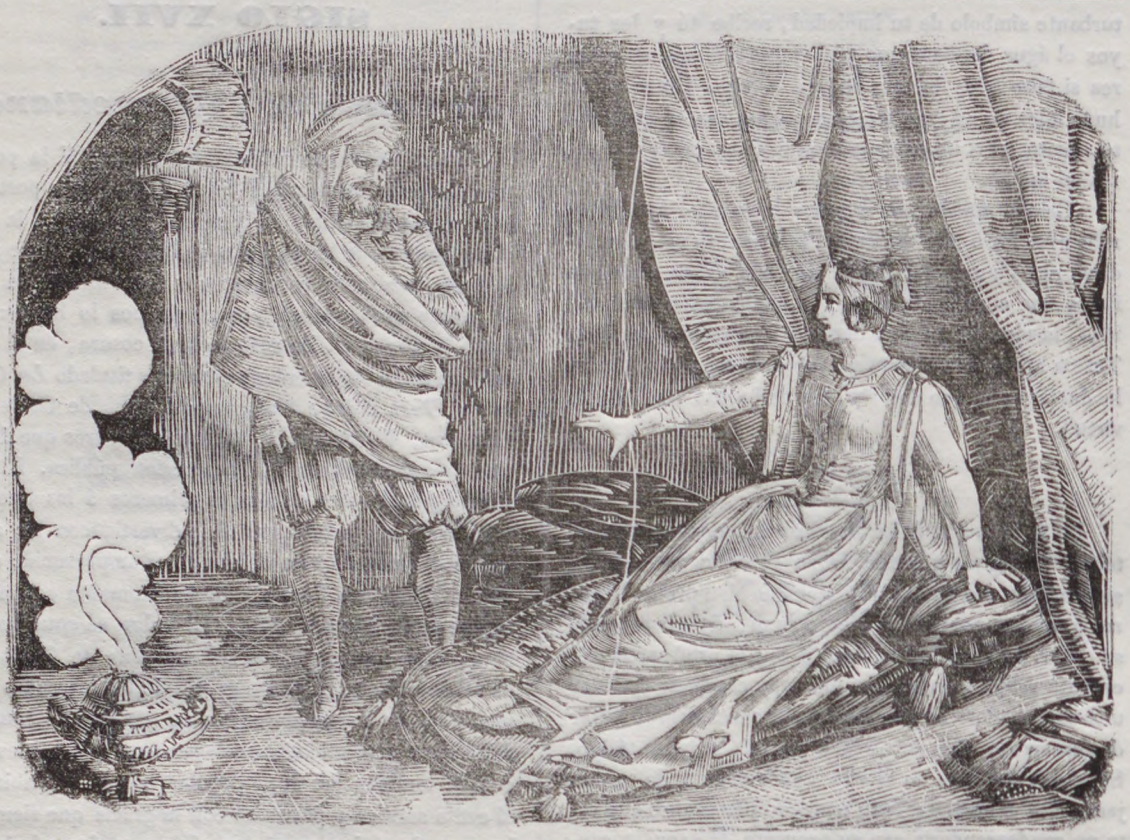

SIGLO XI.

Era un dia de júbilo en Toledo. La infanta doña Teresa hermana de D. Alonso V rey de Leon, acababa de llegar seguida de grande acompañamiento. Este modelo de perfeccion, este conjunto de grácias era la prometida esposa de Abdalla que poco tiempo antes se habia proclamado rey de Toledo. Una sonrisa bárbara de placer apareció en el tostado rostro del africano al contemplar dentro de las murallas en que él mandaba al objeto de su amor, al creerse dueño de aquella hermosura mas agradable á su vista que el astro luminoso del dia. Sus fogosos ojos parecia que querian saltar de sus órbitas, revolviéndose en ellas con orgullo y enardecidas con el placer. Se corrieron los toros mas bravos, se jugaron cañas, se echaron multitud de pandorgas y encendiéronse innumerables hogueras. Nada se perdonó para amenizar aquel dia que el moro contaba como el primero de su vida, como el precursor de su felicidad. La estáncia destinada para doña Teresa la adornaban los mármoles y el oro, la cachemira y la seda pendian de las paredes, los cogines de terciopelo bordado abundaban por todas partes. Las esénciias y perfumes embalsamaban todo el espácio. La mesa fue servida con todo el lujo y prodigalidad oriental, y no se terminó la comida hasta bien entrada la noche.

El modesto semblante de doña Teresa tambien estaba bañado con una sonrisa y jovialidad estremada. Tambien sentia dentro de sí un noble orgullo. Por ella debia apostatar su esposo y cuantos infieles la cercaban de su primitiva religion, y ella se creia como el nudo que ligaba á Dios aquellos corazones alucinados. Solo bajo una promesa semejante hubiera condescendido en pisar una tierra en que tremolaba el estandarte de Mahoma, ni en dar su mano á un enemigo de la iglésia. Por lo tanto no receló en despedirse de la mayor parte de los suyos, en respirar bajo el mismo techo del que ceñia un turbante, y en admitir con agasajo las manifestaciones de alegria que hacia por ella toda la ciudad. La noche puso término al júbilo y contentamiento; todos los convidados se despidieron de los esposos y doña Teresa trató de descansar. No lo consiguió, Abdalla se presentó en su cuarto, Abdalla no queria retardar la dicha que anhelaba. Abdalla en fin se espresó con doña Teresa en un lenguaje nuevo, con unas espresiones que sus oidos escuchaban por la primera vez. Sin embargo, bien á su pesar conoció las intenciones del africano, bien á su pesar llegó á conocer que solo un apetito brutal le movia á interrumpir el siléncio de la noche y á fijar su atrevida planta en el cuarto de una doncella: aunque jóven, aunque niña tímida, la virtud alentó su espíritu y con todo el fervor que inspira el catolicismo le dijo: Para ser tu esposa, para condescender con tus deseos, acuérdate de lo que prometiste, arroja lejos de tí ese

turbante símbolo de tu impiedad, recibe tú y los tuyos el água del bautismo y entonces mátame si quieres si falto á los deberes de una esposa. Entre tanto huye lejos de mí, no me emponzoñes con tu pestilente aliento, eres un enemigo de mi Dios, adórale y serás mi amígo.

Abdalla quedó por algunos momentos inmóvil y reflexivo. Pero Abdalla era un bárbaro, su pecho enardecia una llama abrasadora, por sus venas circulaba fuego, su enardecida mente la embargaba una sola idea, la idea del placer. Sordo á las razones de doña Teresa apeló á la fuerza y solo la fuerza pudo hacerle dueño de lo que deseaba. La barbárie triunfó de la virtud.

2.°

La afrenta que doña Teresa habia recibido necesitaba ser vengada y lo fué. Doña Teresa conservaba en su compañia dos fieles servidores que bien pronto llegaron á conocer por el abatimiento de su señora la causa de su dolor. El amor estraordinário que la profesaban y el espíritu religioso ofuscó su mente, y creyendo ejecutar una obra piadosa no les remordia su conciéncia en tratar de abreviar los dias de Abdalla por médio de un tósigo. Se le dieron: pero no dieron conocimiento de semejante idea á doña Teresa, teniendo por seguro que esta no condescenderia con su proyecto. Hé aquí la causa porque al poco tiempo la salud de Abdalla se debilitó sensiblemente, sus fuerzas se estenuaron, y sus ojos perdieron su brillo y vivacidad. Todo el pueblo miraba en la enfermedad del rey el efecto del castigo divino; unos le atribuian á la falta de su palabra, otros como el merecimiento de haber ofrecido abandonar su primitiva ley. El mismo Abdalla, poseido de una profunda preocupacion, tambien creyó que un efecto sobrenatural motivaba sus doléncias y males, y en cierto modo, trató de reparar su yerro. Consintió en que doña Teresa abandonase su palácio y marchase á reunirse con su hermano, y no por via de resarcimiento de su ultraje, sino como una muestra del cariño que la profesaba la colmó de ricos dones de oro, telas y piedras preciosas.

Doña Teresa vertiendo un torrente de lágrimas, salió de Toledo acompañada de sus confidentes y de vários soldados africanos, llegó á Leon, donde tomó el habito religioso en el monastério de Pelágio. Allí pasó los dias de su vida, y allí espiró dejando innumerables recuerdos de su virtud. La mayor parte de sus riquezas las distribuyó entre los pobres. En en sus oráciones, siempre rogó al Eterno por la convérsion de Abdalla: nada le parecía bastante para purgar la afrenta que habia recibido.

El reinado de Abdalla fue muy corto. Vencido por las tropas del rey Hissem, contra quien se habia revelado, fué sumergido en una oscura mazmorra.

SIGLO XVII.

El Conde de Villamediana.

En el pintoresco reinado de Felipe IV la poesia no huía como otras veces del Alcázar Real; poeta el soberano de Castilla, si bien con poco éxito á la verdad, gustaba de los amantes de las musas, y he aquí la razon por qué se recitaban con frecuéncia en la corte, como con elegáncia y maestría nos lo ha demostrado el jóven D. Patrício de la Escosura, en el drama que se ha representado estos dias titulado *La Corte del Buen Retiro*, las composiciones de Calderon, Góngora, Villamediana, Quevedo y otros que florecian en aquella época con aceptacion pública. El rey Felipe gustaba mas de los dos primeros á los que dió señales de su afecto; pero si se divertia con las agudezas de Quevedo, no dejaba de estar prevenido contra sus picantes sátiras que frecuentemente solian dirigirse á él ó á sus favoritos. El vulgo se entusiasmaba en la representacion de las comédias de Calderon, de tal suerte que hasta las gentes de los mercados ponian á las frutas y géneros que se vendian el nombre del célebre dramático, para darles mas valor. Quevedo gozaba tambien del aura popular, porque escribia en el estilo satírico y picaresco con la grácia que siempre ha gustado á los españoles. Góngora fue admirado con justícia hasta que deseoso de adquirir nuevos laureles inventó un estilo llamado por él y los de su escuela culto, que hoy lleva el de gongorino derivado de su nombre. Este género en el que logró por su metaforismo el que nádie le entendiera, fue copiado por desgrácia por los poetas de su época, con tanta exageracion que corrompieron nuestra bella poesía, y desfiguraron el lenguaje. El conde Villamediana, cuyos amores falsos ó verdaderos, nos pinta el autor de la Corte del Buen Retiro, copió á Góngora y sus versos adolecen del cultismo que empezaba á progresar. Si por lo que llevamos dicho es preciso confesar que Villamediana no fué un poeta esmerado y de buen gusto, no puede negársele una imaginacion fecundísima y una sagaz crítica, que manifiesta á primera vista el carácter burlon y satírico del juvenal de la época del protector del conde duque de Olivares. Para dar una prueba de ello hemos copiado la siguiente, mordáz y acaso calumniosa, sátira que escribió con motivo de la proclamacion de Felipe IV, segun y como se halla en un códice de la Biblioteca Nacional de esta Corte.

No ha sido sin gran concierto
viendo hurtar tan escesivo,
remedie Felipe el vivo,
lo que no remedió el muerto.
Tengan todos por muy cierto
que no ha de quedar ladron
que no salga en el padron
que hoy hace Felipe Cuarto
viéndose así, sin un cuarto
y otros con casa y terron.
Dilin, dilon, que pasa la procesion.

La procesion se comienza
de privados alevosos
de ministros codiciosos
y hombres de *Rota* conciencia,
no hay sino prestar paciencia.
Todo falsario y ladron
que á destierro y privacion
por tan enormes delitos
no es mucho todos den gritos
obedecer, y chiton.
Dilin, dilon &c.

En primer lugar va *Uceda*
que ha sido ladron sin tasa
como lo dice su casa
donde ya tañen á queda.
Ya se deshizo la rueda
de su vana presuncion,
ya su tirana ambicion
se acabó con su poder,
de Dios llegó la merced
á hacer nuestra redencion.
Dilin, dilon &c.

El segundo lugar lleva
un mar segundo, ó *Laguna*
que sin vergüenza ninguna
ha dado de su hurtar prueba.
Cosa es por cierto bien nueva
y que causa admiracion
que haga casa camaleon
con lo que á todos ha hurtado
siendo consejo de Estado
en ser tahur y ladron.
Dilin, dilon &c.

Ya sale en tercer lugar
el señor *Pedro* de *Tapia*
persona de buena rápia
aunque fuese en pedernal.
El cuarto sale á ocupar
en esta congregacion
Bonal, no mal rapagon
y ya al quinto ha llegado
un ladron, y otro estremado,
Dios dé á la muerte perdon.
Dilin, dilon &c.

Angulo en el orden sesto
en el hurtar no ha tasado,
de otros dos viene cercado
que le han imitado en esto.
Ziriza va en mejor puesto
mas *Tovar* no fué *Tardon*
todos tres rapantes son
los mejores de Castilla,
que no han hecho *Zedulilla*
sin pillar lindo doblon.
Dilin, dilon &c.

A la procesion vinieron
todos estos con su insígnia;
mas viendo ser ignominia,
muchos mas no la trajeron.
No porque tambien no fueron
cual gavilan, cual alcon,
uno gato, y otro uron,
sino por ser mas sagaces
que los pasados rapaces
y recelar su espulsion.
Dilin, dilon &c.

Por guion de estos va *Osuna*
y por cetro *S. German*
ambos linda piedra imán,
y ambos ladrones á una.
Milan llora su fortuna,
Nápoles su destruccion,
y aunque ambos ladrones son,
son de diferente ley,
que al uno castiga el rey
y al otro la inquisicion.
Dilin, dilon &c.

Tras estos van en ileras,
Herédia, *Sória y Megia*
que cada cual merécia
estar remando en galeras,
otros de várias maneras
y don Caco de Aragon,
Salazar y Calderon
como ladrones de fama,
siguen, cada una la Rama
mas própia á su inclinácion.
Dilin, dilon &c.

La clerécia remata
la procésion, revestida,
que hay clérigos de tal vida
que á unos roban y á otros matan
dicen que librarse tratan;
pero ya es mala ocásion
que la determinacion
del rey es, salga primero,
el de *Lerma* y el *Buldero*,
los presos y el confesor.
Dilin, dilon que pasa la procésion.

El satírico conde, al que solian llamar el profeta de España, por las verdades que decia y lo que pronosticaba, fué víctima del puñal mercenário de un asesino, á impulso de la envídia, ó segun otros, nuevo Macías pereció á causa de los tal vez infundados celos del rey. Los poetas Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Jáuregui, marques de Alcuquir, Tamayo, Alarcon y Mira de Mescua, compusieron ingeniosos epitáfios á su malogrado compañero, y entre ellos se hallan los dos siguientes de Lope de Vega y de D. Luis de Góngora, que aunque impreso el de éste en la mas rara de las ediciones de sus obras, hemos querido recordarle á nuestros lectores fiados en su indulgéncia.

DE VEGA.

Aquí con hado fatal
yace un poeta gentil,
murió casi juvenil
por ser casi juvenal.
Un tosco y fiero puñal
de su edad desfloró el fruto,
rindió al acero tributo;
pero no es la vez primera
que se haya visto que muera,
César al poder de Bruto.

De Góngora.

Mentidero de Madrid
decidnos : ¿ quién mató al conde ?
Ni se sabe ni se esconde,
sin discurso, discurso discurrid,
dicen que le mató el Cid,
por ser el conde Lozano,
disparate chavacano,
lo cierto del caso ha sido,
que el matador fué Bellido,
y el impulso soberano.

Recomendamos á los que no conociendo las poésias de Villamediana, pretendan saber algunas particularidades de este ingénio del siglo XVII, las obras del señor duque de Rivas, en las que se habla de sus amores y dá á conocer su carácter.—*B. S. C.*

ADORNOS Y COSTUMBRES
DE LAS
MUGERES ANTIGUAS.

De las tocas.

Habiendo leido en el número 2 del *Museo artistico literário*, un precioso artículo relativo á las costumbres de las mugeres españolas de la edad média, escrito con elegáncia por nuestro apreciable amigo don P. Gonzalez, en el que entre otras cosas, refiere la costumbre de llevar las doncellas *tendido el cabello, y las casadas recogido bajo una toca, que cubria con mas ó menos grácia la cabeza y el cuello*; hemos juzgado conveniente el completar las notícias que se dan en aquel artículo sobre este adorno, hablando de su orígen.

El llevar cubierta la cabeza las mugeres, ha sido en todos tiempos la señal mas característica de la honestidad y de la modéstia; las hébreas observaban con escrupulosidad esta costumbre, como se cita en algunos lugares de la sagrada Escritura, entre las que se distingue la madre del Redentor y las santas mugeres. Las egípcias practicaron lo mismo, como se ve en los monumentos, que nos han quedado de ellos. No solamente usaban las *tocas* las mugeres de estos primitivos pueblos, sino que cubrió con *toca* la cabeza el supremo sacerdote del primero desde Araon, y los graves ministros del culto mitológico del segundo, segun afirmaron Herodoto y Polivio, al tratar de las vestiduras pontificales que acostumbraban á llevar para efectuar los sacrificios.

Al tomar los griegos la religion de los egípcios, pasó tambien á sus sacerdotes la costumbre de las tocas y no tardarian las bellas modestas de aquel pueblo privilegiado, en recoger sus flotantes cabellos bajo el lino, al menos en ocasiones de luto, de tristeza ú recogimiento, pues asi se ven en muchos bajos relieves y medallas que se conservan aun. En las que hizo acuñar Artemisa despues de la muerte de su esposo Mansoleo, se vé su busto con una *toca* que cubre toda la cabeza y el cuello.

Las damas romanas cuyo lujo no puede escederse ya, gustaban tanto de lucir sus peinados y adornos de cabeza, que no contentas con la infinita variedad que dieron á las trenzas de sus cabellos, imitaron no solo los adornos de liturgia, llevando túrulos, tiaras, galeros, ciudalos, petalos y otras própias del sacerdócio, y la fascia y diadema imperial, sino hasta el pileo que era el gorro que se ponia á los esclavos cuando se les daba libertad, y la umbela, sombrero parecido al que hoy gastan los andaluces (el calañes ó gacho) que usaban los trabajadores del campo para librarse de los rayos del sol y del água. En tanta variedad de adornos de cabeza, es preciso conocer hubiese alguno mas humilde própio de las mugeres que huyendo del lujo y vanidad, hiciesen gala de la modéstia. En efecto, si para acrecentar el lujo no respetó la vanidad romana las vestiduras de los ministros de los dioses, las matronas menos contaminadas de él y del ócio, para no degenerar de las costumbres de sus mayores, anduvieron con la cabeza cubierta con la *toca*, como se ve en algunas medallas de famílias y de la série de emperadores, entre ellas la de Aurelia, madre de Júlio César, de Marcia, de Azzia Julia, madre de Augusto, de Antonia, muger de Druso, y las de Numia Acaja, Diva Faustina, Sabina Augusta y otras. Tambien el lujo admitió la *toca* por moda, y esta es la razon porque se vé en los bustos de algunas emperatrices que nada tuvieron de modestas y recogidas; pero duró poco tiempo, porque la variedad en los adornos de la cabeza fue constante en el imperio romano. Ademas del velo, usaban la *toca* las vestales, que se la quitaban en ciertas festividades, como probaremos al al tratar de ellas en otro artículo. Júlio Cesar cuando se le representa con las vestiduras del sacerdócio, está cubierto con la *toca*, y asi se halla sobre alguna de sus medallas. La moda de las tocas se generalizó en Roma despues de Constantino entre las damas que abrazaron el cristianismo, pues no queriendo imitar el lujo del paganismo, y sí la humildad que se predicaba en la nueva creéncia, eligieron los adornos que adaptándose mas á esta religion se separase mas de aquella.

Antes de que se enseñoreasen los Césares con la conquista del pais de los Iberos, ya era costumbre muy antígua el cubrirse la cabeza y el cuello con la *toca;* asi lo asegura Estrabon y esplica S. Eulogio al tratar del recato y compostura de las antíguas españolas, esceptuando de esta costumbre á las de las províncias Vascongadas, las que de inmemorial se sabe que siempre han llevado desnuda la cabeza, y muchos tiempos (las doncellas) cortado el cabello á raiz con tijera, á escepcion de unos pocos que dejaban sobre la frente y sienes, lo que afirma Andres de Poza en el capítulo 13 de la antígua lengua de España. Si ya de mucho antes del domínio romano, era esta una cos-

tumbre en España, no es posible se perdiese en el tiempo que imperó en ella, sino que se aumentase; lo que prueba la segunda medalla de plata que cita el erudito Agustino Florez en su preciosa obra de las Medallas Españolas, en la cual se vé un busto de muger con *toca* en representacion de esta nacion, puesto que en el campo de ella se lee *Hispan*, única leyenda que tiene la medalla.

Que en tiempo de los primeros godos se usaron las *tocas* en España, se concibe fácilmente sabiendo que si estos destruyeron las bellezas de sus vencidos, tambien pretendieron copiarles en muchas cosas, particularmente en los trages, y ademas que el cristianismo que habia adoptado esta costumbre habia progresado mucho; pero aunque no hubiese esta razon, se deja conocer que existieron las *tocas* en su tiempo, y aun mas en el de los árabes, por el recitado de S. Eulogio (lib. 12.) al referir las particularidades de Sabigoto y Liliosa, matronas moras que recibieron el bautismo, y porque las cristianas españolas obedecian la doctrina del apóstol S. Pablo, que exigia que se cubriesen las mugeres la cabeza. El almaizar, que es la *toca* con que se cubrian las moriscas españolas, fué llevada tambien por las cristianas; consistía este adorno en un pedazo de seda delgada, listado de muchos colores con rapacejos en los estremos, el cual rodeaban á la cabeza y bajando por debajo de la barba se ataba á un lado dejando colgando las puntas. Los moros los llevaban atados atras dejando caer las puntas de los rapacejos sobre las espaldas. El nombre de *toca* que damos en España á este adorno, es de orígen árabe, segun el padre Guadix, y se deriva de la palabra *Toq*, que significa lo mismo.

Muchos mas datos podríamos citar para probar lo en auge que estuvo esta costumbre en toda la edad média en España; pero remitiendo á nuestros lectores al artículo del *Museo* ya citado, donde se prueba suficientemente por documentos infalibles, añadiremos solamente que en España se ha usado siempre ya con el nombre de cofias, gorros, ú otros la toca, y que la costumbre que se nota en la Mancha, Montañas de Santander, y en la mayor parte de nuestras provincias, de llevar las mugeres un pañuelo á la cabeza, atado por bajo de la barba, no es otra cosa que una reticéncia de las *tocas* que usaron nuestras antíguas matronas, y que hoy se conservan en toda su pureza en los monastérios, siendo el principal adorno con que se distinguen, y el prendido de boda de las esposas de Jesucristo.—B. S. C.

DEL HIPPOPOTAMO.

Cuando se compara lo que Aristóteles y Plínio han escrito de este cuadrúpedo, con las figuras que de él han llegado á nosotros, no puede el observador dejar de sorprenderse al ver como semejantes hombres se separaron de la verdad, y sigue la sorpresa advirtiendo que los recitados de diversos artículos concernientes al própio animal, en nada se adhieren á Aristóteles y Plínio ni se hallan tampoco conformes con los monumentos; pero si esto es raro no lo es menos el que los modernos reprochen á los antíguos errores sobre este objeto, cuando aquellos carecieron de los médios de encontrar y estudiar á los Hippopotamos.

Heródoto, Diodoro, Strabon, Pausánias, Luciano, Philostrato, Plutarco, Aeliano, Ammiano, Nonno, Dionisiaco, y otros hablaron de dicho animal y apenas dos coinciden en ideas, lo própio sucede á los modernos.

Entre estos, qué naturalista puede lisonjearse haber visto un Hippopotamo verdadero y vivo? Zeren-

GHI, citado por Mr. Buffon, asegura haber poseido uno muerto en las riberas del Nilo. Sin embargo, si juzgamos por el grabado que fue sacado en Altrovando, no hay nada que pueda dar fe al dicho de ZERENGHI; desengañado Mr. Buffon hizo observaciones nuevas sobre el Hippopotamo; pero no tenia á la vista mas que dos pieles inflamadas de este animal, la una del gabinete de Leyde y la otra del príncipe de Orange, objetos que no pueden satisfacer á un exacto observador.

La falta del conocimiento de los modernos sobre el carácter, usos, costumbres, y configuracion del Hippopotamo, consiste en la rareza de este animal aun en los sítios de que es orijinário. Los errores pueden venir de los que creyendo dar la descripcion del Hippopotamo, habran dado la de otro cuadrúpedo que tenga alguna semejanza con él. Un sábio estranjero en su obra titulada Defense de Recherch. philosophiq. sur les Ameriq. par M. de P. p. 98, dijo que muchos naturalistas habian tomado el Tapir por el Hippopotamo, y que él mismo lo habia creido asi; pero despues de hacer ulteriores pesquizas sobre el Tapir se habia desengañado, y añade que con relacion al Hippotamo no hay ninguna figura exacta. Sin duda este sábio ha querido hablar de las figuras del Hippopotamo que los naturalistas modernos han hecho dibujar y grabar, porque para asegurarse de la verdadera figura basta fijar la vista sobre los antíguos monumentos en que está representado, los que siendo la mayor parte egípcios, ó cópias de monumentos egípcios, se hallan revestidos de un caracter de autenticidad incontestable.

Los monumentos mas célebres en que se ve el Hippopotamo son; el Mosaico de Palestrina, (antigüedades de Herculano, T. 1. p. 263,) en las medallas de Claudio en mediano bronce, de OTACILIA en gran bronce, de MAMEA, y de HADRIANO en gran bronco, bajo relieve bajo la estátua del Nilo en Belvedere, cuya cópia se ve en el jardin de las Tullerias, bajo relieve de tierra cocida del gabinete ANDREINI, publicado por GORI en el primer volúmen de su coleccion de inscripciones pl. 19 y en el museo capitolino T. 3. Tabl. 90. Las 4 medallas que se citan en este artículo existen en la Biblioteca nacional de donde hemos sacado el dibujo que va á la cabeza de este artículo, y ademas algunas piedras grabadas en las que se le ve frecuentemente con un caiman en la boca de quien parece ser enemigo el Hippopotamo, atendiendo á que comunmente se le representa en pugna con él.

CERVANTES EN MADRID.

AÑO DE 1604.

Eran las dos de la noche: todo Madrid se entregaba pácifico al sueño y al descanso. El silénciо mas profundo reinaba en sus calles, sin embargo, la del Niño presenciaba á aquella hora una escena horrorosa, una escena de dolor. Cuatro bandidos atacaban impunemente á un pobre anciano á quien no arredraban sus años para dirigirles las mayores imprecaciones, y hubiera perecido á sus manos, si la casualidad, ó quizá el cielo, no le hubiera deparado un defensor que se le presentó en aquella ocásion. Era un jóven de figura noble y de un corazon generoso, un jóven que no pudiendo mirar con indiferéncia el atropello que se hacia en la persona del anciano, se adelantó hácia los asesinos diciéndoles:

Vuestra villánia se manifiesta desde luego, cuando atropellais de ese modo á un anciano indefenso, y acompañaba sus palabras de fuertes cuchilladas sobre las espaldas de uno de los combatientes.

Caballero respondió el otro, las palabras de vd. son demasiado insultantes, lo mismo que sus maneras, déjenos en paz y prosiga vd. su camino.

Defendeos, interrumpió el jóven, avalanzándose con ímpetu á los asesinos, y fue tal su valor y destreza, que dos de ellos cayeron muertos, y la sangre corrió por todo aquel sítio.

Algunos minutos despues no se veia en la calle sino dos cadáveres, y el combate se habia concluido.

Me habeis salvado, dijo el anciano apretando la mano de su bienhechor, y os digo en verdad, que la sangre que circula por mis venas, y los dias que me restan de vida, os pertenecen desde este momento.

Nada teneis que agradecerme, respondió el jóven, lo que he hecho con vos lo hubiera hecho con otro cualquiera, es uno de los servícios que ordenan la humanidad y la religion, y es agradable á los ojos de Dios.

Pero decidme al menos jóven ..... ¿Sois español, sois madrileño? ¿Permanecereis algun tiempo en Madrid?

Soy de Alcalá de Henares en Castilla la Nueva, y hace un mes que vivo en Madrid.

¡Alcalá de Henares, interrumpió el anciano!! ¿Y vuestro nombre? Decídmelo sin recelo, si encierra algun secreto no lo descubriré, concededme esta grácia para pronunciarlo todos los dias en mis oraciones.

Me llamo Juan Martinez.

¡Juan Martinez...! ¿Se llamaba tambien asi vuestro padre? Replicó el anciano todo conmovido...Sí, yo le conocia.

Ha muerto, le contestó el jóven.

Lo sé, dijo el anciano, pero hablemos de otra cosa. Los muertos son mas dichosos que nosotros, y en vez de llorarlos, deberiamos envidiar los sepulcros donde reposan sus cenizas para siempre. Mirad, mi casa está cerca de aquí, un ángel me espera en ella, luego que la veais no podreis menos de amarla como yo la amo; venid conmigo, quiero que la conozcais, y quiero tambien que ella dé las grácias al que ha salvado la vida á su anciano tio. La pobre niña temblará toda al verme manchado de sangre, pero yo la cal-

maré y la diré vuestro nombre, para que ruegue á Dios por vos.

Venid conmigo á la vuelta de esta calle, en la de Francos está mi casa, en ella podreis descansar. El jóven le siguió, y efectivamente, á pocos pasos de distáncia pudo ver la habitacion del anciano, cuyo aspecto era bastante pobre. El anciano abrió la puerta, apretó otra vez la mano de su libertador y le dijo: "Soy Miguel Cervantes, de quien ya habreis oido hablar en otras ocasiones. Esta es mi casa, siempre que os dignáreis venir á ella, sereis bien recibido.

No conozco vuestro nombre, respondió el jóven con ironia, pero procuraré recordarlo, Miguel Cervantes, calle de Francos, no se me olvidarán las señas dijo entre sí.—No las podeis equivocar replicó el viejo, esquina á la calle del Leon número 20 y 21. Hasta mañana dijo el jóven, y se marchó... Si, le conozco, esclamó luego que se vió solo, conozco ese nombre, pero no conseguirá tu orgullo que te lo diga, ¿que me importan las coronas de glória que ciñen tu frente? ¿No has echado tú sobre la de mi família una mancha que ni tu misma sangre puede lavar? Creias sin duda que iba á inclinarme en tu preséncia, solo porque me decias soy Miguel Cervantes. Sí, me inclinaré delante de tí, pero será cuando logre verte atravesado y muerto á mis pies. Los cielos han permitido que te haya libertado de un asesinato, para que pueda quitarte la vida noblemente. Padre mio, he hallado por fin al hombre que ha acortado tus bellos dias, antes de morir me hiciste acercar á tu lecho y me dijiste levantando tus manos para bendecirme, hijo mio, eres aun muy niño, pero llegará un dia en que tus brazos ahora tiernos podrán sostener el peso de una espada, entonces cogerás esta que no ha podido defender á tu padre, y tu brazo conseguirá lo que ella no ha podido conseguir; matarás al que ha deshonrado á mi hermana, escucha bien mis palabras, yo te dejo para siempre, y muero confiado en tu honor, no te veré ya mas, á Dios.

Estos recuerdos le arrancaron várias lágrimas de dolor, y llevado de su ira esclamó: Sí, yo te mataré como tú has muerto á mi padre, y este quedará vengado. Entró en su cuarto, y abrió las ventanas quedando absorto por algun tiempo en sus meditaciones, pero poco á poco renació la calma en su imaginacion, y acordándose de la que amaba, no pudo menos de esclamar, Catalina, Catalina mia, te he olvidado hoy enteramente, no he pensado en tí como lo tengo de costumbre, ángel mio, yo te he amado y te amaré siempre aunque no te lo he dicho mas que una vez; pero he encontrado hoy al asesino de mi padre á quien amé tanto como á tí: cerró despues sus ventanas, se arrodilló delante de un crucifijo, y pronunció algunas palabras entre las que se oyó con frecuéncia el nombre de Catalina, y despues se echó á descansar.

Al médio dia fue á casa de Miguel Cervantes, y al llamar á su puerta vió con sorpresa que salia á recibirle una hermosa joven que al reconocerle retrocedió como asustada... era Catalina. Vuelta en sí le echó una mirada penetrante, pero el jóven continuó guardando siléncio, hasta que Catalina le preguntó con dulzura, ¿que buscais en esta casa? Es cierto le contestó que he tenido un placer en encontraros, pero no sois vos la que me guia á este sítio: ayer por la noche encontré á un hombre llamado Miguel Cervantes á quien á fuerza de instáncias, ofrecí que vendria á visitar, y vengo hoy á cumplirle mi palabra.

¡Cómo! ¡Sereis vos acaso el que salvó la vida á mi tio! esclamó Catalina loca de contento, si vos sois entrad, entrad, mi tio me lo ha contado todo, y sin conoceros no he cesado de bendeciros. Juan entró en la habitacion de Cervantes, y Catalina buscando en sus miradas el amor del joven, le dijo, ¿tienes presente lo que me dijiste en una ocasion que recibirias un favor celestial en pasar una sola hora á mi lado, y morir despues? Pues bien el cielo te ha otorgado ya esa grácia, y sin embargo...

Catalina, sin duda ignórais el motivo que me trae á este lugar.

¿Que decis?

Os digo Catalina que vengo á matar al hombre á quien salvé ayer la vida, y que no saldré de aquí sin conseguirlo.

¡Matar á mi tio, esclamó Catalina fuera de sí...!

Sí, matar á tu tio que ha muerto á mi padre.

Catalina cubrió su rostro con las manos, y sus ojos estaban anegados en llanto. Despues de un largo siléncio le dijo Catalina, yo os creia bueno y generoso, pero me he engañado, y ya... salid de este sítio que quereis regar con la sangre de un anciano salid; Juan, yo os lo mando.

Catalina, él ha muerto á mi padre.

Vos no me amais, no: si me amárais olvidariais vuestro resentimiento, ó al menos lo reprimiríais: el que mató á vuestro padre era un jóven, ahora es un anciano. Bien pronto le acabarán sus años y remordimientos; estos nádie los penetra mejor que yo que le veo llorar todos los dias. Id á la iglésia inmediata allí le encontraréis regando el suelo con sus lágrimas: ¿si le matais que va á ser de mí que no tengo mas amparo que el suyo? Moriré con él, y con su muerte hareis dos víctimas..... ¿pero tú me amas, no es verdad Juan? Tú me amas, y si imploro tu piedad me la concederás, sí... ten piedad de él, tenla tambien de mí.

En este momento tocan á la puerta, eran dos hombres que conducian en unas angarillas á un anciano moribundo.

¡Tio mio! esclamó entónces Catalina.

Cervantes probó á levantar la cabeza, y alargando su trémula mano, á Juan le dijo: "Jóven me has muerto sin querer, como yo maté en otra ocasion á alguno de tu família, mis súplicas habian adormecido mis remordimientos algun tanto, tú los has despertado, y sucumbo á su peso." Su cabeza volvió á inclinarse, sus ojos se cerraron, y Cervantes no existía ya.

Roguemos por él á Dios, dijo entónces Juan arrodillándose ante el cadáver.

Roguemos por él contestó Catalina.

A una Muger.

Es mas grato muger al pecho mio
de tu lábio la plácida sonrisa
que á la marchita flor vital rocío:
que en ardoroso estío
el soplo halagador de fresca brisa.

Ese perfume que tu ser rodea
que envuelve tu figura misteriosa
en vaga nube de jazmin y rosa,
hace muger que vea
no una mortal en tí, sino una diosa.

Mas que la aroma que el clavel exhala
es grato de tu seno el azahar:
mas dulce que de pálida azucena
es la blancura de tu linda faz.
Tierno es tu acento como el dílio canto
que modula en las ramas del cipres
el viudo ruiseñor, cual de una madre
tu lánguida mirada, ó vírjen, es.

Yo deliré una muger
formada de nieve y rosa,
un ensueño celestial
realizado por mi mal
ó por mi ventura en tí.
Porque eres muger la fada,
la misteriosa beldad
que forjé en mi desvarío,
la que sobre el lábio mio
clavó el suyo de rubí.

Pálida como el círio funerário
que baña de luz tíbia en el osário
el fúnebre atahud.
Con tu armónico acento, vírgen pura,
remedas el sonido de dulzura
de lejano laud.

Humedecida por vital rocio.
abre su cáliz la purpúrea flor
al soplo matinal de fresca brisa.
Adoro tu beldad ídolo mio
cuando asoma á tus lábios la sonrisa
y á tu frente la tinta del pudor.—A.

VIRGEN DEL PUERTO.

Esta ermita situada á la orilla izquierda del rio Manzanares, cerca del puente de Segóvia, y al princípio de una amena alameda por bajo del camino de Castilla, fué fundada por el marques de Vadillo en 1728, siendo corregidor de Madrid, cuyo sepulcro se halla en la iglésia, que es de sencilla, pero buena arquitectura. En esta alameda se halla un cómodo lavadero todo de piedra berroqueña bien labrada, construido de órden de Carlos III para los dependientes de palácio y Guárdia real, hoy es el sítio donde van á lavar los soldados. Los domingos se reunen en esta hermosa alameda, lo mejor de Madrid, los labriegos de las províncias del Oeste á bailar segun su costumbre, y entre las muchas músicas que alegran aquel sítio, sobresalen el alegre pandero de los montañeses, y la dulzaina y odre gallego, siguiendo los compases de la muñeyra. Los cantares históricos de los asturianos en su singular danza prima, hacen recordar los himnos que se cantaban en los primeros tiempos en alabanza de los héroes. Con motivo de la festividad de S. António, dia que se visita su ermita, á algunos pasos de distáncia de este sítio, se halla muy concurrida esta alameda, en la que se celebran muchas comidas y meriendas campestres por la gente inferior.

EDITOR RESPONSABLE. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA
Calle del Leon, núm. 21.—MADRID: 1837.